

La alegría de vivir de Dios

▼ «No tengáis miedo», «paz a vosotros», son las frases que más se repiten en los relatos de la Resurrección. La confianza y la paz acompañan a los que han experimentado a Jesucristo vivo y resucitado, a los que se fían de la Providencia

Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo

Letty y Julio, 26 años
confiando en Dios

**«Como pobres,
pero lo
poseemos todo»**

El año pasado cumplieron 25 años de matrimonio, pero cuatro días antes de la fecha del aniversario, Julio se quedó en paro –una vez más, porque en los últimos años ha trabajado de manera intermitente–. «Aun así decidimos seguir con la celebración, con nuestros amigos, y empezar con una Misa, porque la mejor fiesta es la Eucaristía», dice su mujer.

Procedentes de Perú, Julio y Letty han vivido en España la mayor parte de su vida en común, y aquí han nacido sus dos hijos, Sara y Andrés. En todo este tiempo, «nuestra vida ha transcurrido entre la confianza y la Providencia», asegura Letty.

Julio consiguió un trabajo estable, de informático, «no con un sueldazo pero sí de un modo que nos permitía vivir. Yo me podía permitir trabajar solo unas horas y así poder estar con mis hijos, lo que ha sido una bendición para nuestra familia», dice Letty.

Pero en julio del año 2010, se quedó en paro, y a los pocos meses su hija Sara tuvo una enfermedad: la mala realización de una punción lumbar le hizo quedarse en silla de ruedas. Fue una temporada muy dura, «pero Dios siempre nos sostuvo. Vivíamos de nuestros ahorros, y siempre confiando en el Señor, que nos libró de la amargura».

En julio de 2011, durante un momento de oración en la Asamblea Nacional de la Renovación Carismática, Sara sanó de su enfermedad y se levantó de su silla de ruedas. «Nunca pensamos que Sara iba a poder curarse de esa manera, fue un regalo que no nos merecemos», recuerda su madre, quien ve como providencial esa curación de su hija.

En lo económico, Julio fue enlazando trabajos. «Hemos ido tirando. Hemos vivido así mucho tiempo, hemos tenido pruebas, pero en ellas siempre ha estado el Señor». Hoy, él está traba-

**«Somos una familia
muy probada y
muy bendecida.
El Señor es fiel y
nos ha sostenido
en todo momento»**

Archivo personal de la familia Quiroz Florián



La familia Quiroz Florián

jando desde el 1 de marzo, con 59 años, después de casi un año en el paro y cuando ya parecía imposible volver al mercado laboral.

Esta familia tiene siempre presente el Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios, y el resto se os dará por añadidura». Por eso responden a la bondad de Dios «trabajando para Él, en la Renovación Carismática, evangelizando como podemos, como servidores, con mucha alegría y mucha esperanza. San Pablo dice que los cristianos vivimos “como pobres, pero poseyéndolo todo”; igual nosotros. Somos una familia muy probada y muy bendecida, el Señor es fiel y no nos ha dejado, en todo momento nos ha sostenido», dice Letty.

Además, todas esas pruebas han fortalecido su matrimonio, «porque cuando uno de los dos está más flojo, el otro le ayuda y le anima, y eso también es Providencia».

Hermanitas del Cordero
**«Una palabra
para el
mundo»**

Las Hermanitas del Cordero son una orden mendicante en pleno siglo XXI. Son contemplativas que por medio de la Eucaristía cotidiana, la adoración eucarística y las grandes liturgias del oficio divino hacen presente al Cordero, pobre y crucificado, «que mendiga nuestro amor». Ellas mismas llevan una vida de pobreza y mendicidad, saliendo en misión y llamando a las puertas para pedir algo de comer: «Rezamos antes y le pedimos al Espíritu Santo que nos guíe por donde quiere que vayamos. Después, el Señor hace lo que quiere. A veces nos cierran la puerta, y a veces nos abren y entramos. Unas veces la conversación dura dos o tres horas, o nos confían sus intenciones. A veces se ve fruto y a veces no, pero nuestra misión es estar ahí, y Dios

Fotos: Hermanitas del Cordero



hace el resto». Por eso afirman que su pobreza no es solo mendigar el pan, sino sobre todo revelar a Dios como mendigo del amor del hombre.

Para las hermanitas, el gesto de pedir «ya anuncia algo de quién es Dios, que llama a la puerta del corazón, se presenta en la humildad,

Comunidad del Cenáculo Volver a vivir

Antes vivían de la heroína, de la cocaína, del alcohol y los porros... pero ahora viven de la mano generosa de Dios. No les falta de nada y en cambio les sobra alegría, que comparten con todos aquellos que quieran conocer su testimonio, su recorrido vital.

Los chicos y chicas de la Comunidad del Cenáculo, antes presos de todo tipo de adicciones, llevan en su ADN la confianza en la Providencia desde que sor Elvira, hace 34 años, abriera para ellos una casa abandonada que le cedió el ayuntamiento de Saluzzo, en Italia. Hoy hay 60 casas en todo el mundo, y en todas ellas se respira aquella primera intuición que movió a la religiosa italiana: «Le lancé un desafío al Señor: “Tú eres Padre y yo te he encontrado, en tu espléndida paternidad. Yo voy donde Tú quieras, hago lo que Tú quieras, Tu voluntad, en cualquier momento que me la reveles. ¡Pero Tú muéstrales a estos hijos tuyos qué Padre eres!” Y así fue. Nunca nos desilusionó».

En el Cenáculo viven de la ayuda de los demás, aceptan comida y ropa, pero no dinero. «No vamos a comprar al supermercado, ni compramos comida ni vestido, estamos siempre a lo que nos llega. No podemos comprar nada aunque nos haga falta, y así nos damos cuenta de que Dios nos escucha y provee a nuestras necesidades», dice Carlos Fernández, responsable del Cenáculo en Tarragona.

«Comemos lo que Dios nos trae por medio de la gente, fruta, carne... pero -aclara Carlos- la primera providencia son nuestras manos. Nosotros trabajamos todo el día, en el huerto, con los animales, en el bosque sacan-

Comunidad del Cenáculo



Los miembros de la Comunidad del Cenáculo, en una de las casas que tienen en Lourdes

do leña para calentar la casa y el horno... No estamos esperando de brazos cruzados a que nos lleguen las cosas. Y en lo que no somos autosuficientes la gente nos ayuda». Además, no acumulan nada: si les dan algo que no les hace falta en ese momento, inmediatamente lo donan a otras casas, a albergues o comedores, o a religiosas que lo necesiten.

Lo que sana las heridas de los chicos es la oración: tres rosarios al día, adoración al Santísimo, Eucaristía, ayuno los viernes... Así empiezan a ver la vida de un modo distinto, a comprender también el valor de lo que tienen: «Estamos muy felices, vivimos con mucha libertad, con esfuerzo pero

sin tantas cosas y sin pretensiones de ningún tipo», reconoce Carlos.

Una vez se quedaron sin sal para cocinar, «y a nadie se le ocurrió que pudiésemos necesitarla. Nos traían otras cosas, pero sal no. Comer sin sal es horrible, pero nos dimos cuenta de lo mucho que teníamos que valorarla. Cuando te falta algo, eso también es parte de la Providencia, porque te hace apreciar las cosas más pequeñas».

Decía sor Elvira: «Nunca pretendimos tener mermelada para el desayuno. Agradecíamos si había un poco de leche; pero si no había leche, se hacía té; si no había té se hacía una rica tisana. Los jóvenes nunca se quejaron,

comieron pan y manzana como nosotros, nunca pretendieron nada porque en el fondo, el único deseo que tenían era volver a vivir, darle un sentido a la vida, creer en la vida».

Es lo que le pasó a Carlos. Después de once años en el Cenáculo, observa: «El mundo nos propone estudiar, hacer una carrera, ganar dinero, tener éxito, tener más trabajo, más dinero... y cuando no lo consigues te frustras. Aquí me he dado cuenta de que todo eso no es tan necesario, con poder vivir es suficiente. Muchas cosas que creemos imprescindibles no son necesarias. Lo que realmente me hace falta es Dios, y todo lo demás se me dará por añadidura».



Las Hermanitas del Cordero en Madrid. A la izquierda, en misión

y pide una respuesta de bondad, sin imponerse. Es Dios que pasa por la vida de la gente, como dice la Escritura: “Quien recibe a uno de estos hermanos míos, a Mí me recibe”».

En cada uno de esos encuentros experimentan que «en el corazón de toda persona está escrito el nombre

de Dios». Lo que hacen es «un gesto contemplativo, no es una aventura, sino que vamos en la oración, atentas a lo que nos dicen. Y luego al volver nos traemos en el corazón a todas a esas personas, y las presentamos en la Eucaristía y en la adoración. Porque muchas veces comparten con

nosotras sus heridas. Todo el mundo necesita que se le nombre al Señor».

¿Cómo reaccionan aquellos a cuya puerta llaman las hermanitas? «Muchos se sorprenden, pero también vemos que se despierta en ellos una esperanza: el saber que se puede vivir así, confiando en Dios para todo.

El mundo suele poner muchas exigencias, vivir por nuestras propias fuerzas, en el trabajo, en todo... Nos educan para conseguirlo todo por nosotros mismos, y si no lo conseguimos entonces viene la sensación de fracaso. Poder vivir de esta confianza es una palabra para el mundo».

David, elegido de Dios

«El Señor pondrá los medios para que salga adelante»

La de Valeska y Alfredo no es una historia de Providencia al uso. Ellos, «con nuestros más y nuestros menos», disfrutaban de cierta solvencia económica. En su caso, el ponerse por entero en las manos de Dios llegó cuando hace casi cinco años esperaban a su segundo hijo, David, mientras la madre de Valeska se enfrentaba a un cáncer con un pronóstico de vida de pocos meses. Al final, en torno al séptimo mes de embarazo, no solo moría la madre de Valeska, sino también el padre de Alfredo, cinco días antes. Además, apenas dos meses después, David fue ingresado en la UCI nada más nacer con un neumotórax grave. «Le entubaron y le sedaron, y las mismas máquinas que habían acompañado a nuestros padres para una muerte serena, acompañaban ahora a nuestro hijo para posibilitar su vida», cuentan sus padres.

«Fueron diez días en la UCI en los que cada día los médicos nos decían lo mismo: “Las siguientes 48 horas son clave” –recuerdan Valeska y Alfredo–. Las dos visitas de 20 minutos que podíamos hacer transcurrían en un estado de oración sincera, de abandono en el Dios de la vida, en una oración sostenida en el silencio del corazón. La posibilidad de que se uniera a la Vida de sus abuelos era más que posible, pero la esperanza de poder tenerle entre nuestros brazos, de poder sostenerle y besarle, no nos abandonaba».

Vivieron esos días «abandonados a la Providencia del Señor», hasta que al final pudo recibir el alta. De aquella experiencia, David salió con una discapacidad, «pero con el brillo de ser alguien especialmente cuidado por Dios. Si hemos discernido ante el Señor, si nos hemos situado en verdad, deseando buscar su voluntad, Él pondrá los medios para que salga adelante, por muy amenazante que pueda parecer la realidad». Porque, para ellos, «David es amado y querido, un elegido de Dios».

Archivo personal de Alfredo y Valeska



Alfredo y Valeska, con Rubén y el pequeño David

Comunidad del Cottolengo de Madrid



La comunidad del Cottolengo de Algete

Servidoras de Jesús, en el Cottolengo

Las matemáticas de Dios

No es fácil para una matemática acostumbrarse a vivir sin previsiones, sin tener todo controlado como hace la mayoría de la gente. Es el caso de la madre Claudia, superiora de la comunidad de Servidoras de Jesús del Cottolengo del padre Alegre (Madrid). Allí, 14 hermanas –ocho de las cuales se mueven en sillas de ruedas– atienden a 80 enfermas con discapacidad.

Dice la madre Claudia que, hace 28 años, cuando entró en la congregación, «lo primero que me sorprendió fue la Providencia, y también la alegría. No tener nada, atender a enfermos pobres e incurables, y estar siempre contentos: eso es lo que se respira aquí. La alegría de no tener nada. Cada día es un regalo, la salud es un regalo, levantarse por la mañana es un regalo».

En el Cottolengo «vivimos totalmente abandonados en la Providencia, no tenemos subvenciones de ningún tipo. Tampoco pedimos nada ni aceptamos nada que sea fruto de una petición directa que otros hagan para nosotras: es el cuarto voto que tenemos». En realidad, al único al que le pueden pedir algo es a Dios, «por eso la oración es el trabajo más importante que tenemos. El sagrario es el centro de esta casa: cuando alguien necesita algo allá que vamos, a ponernos delante de Él. Y el Señor nunca nos defrauda. Es el mejor jefe».

Así, aunque la casa es muy grande y tiene muchos gastos, Dios siempre ha provisto, desde 1948 cuando echó a andar en Algete. Hasta los mismos voluntarios, indispensables para su funcionamiento, son también

fruto de la Providencia, porque no hay un compromiso fijo y vienen cuando quieren o cuando pueden.

Anécdotas sobre este vivir abandonado en Dios hay muchas. La pasada Navidad no tenían lombarda, un plato típico que suelen dar de cenar a las enfermas en el Cottolengo. «Dos días antes no teníamos nada, pero entonces llamaron a la puerta y un señor al que no conocíamos de nada nos dijo: “No sé por qué, pero les traigo dos cajas de lombarda”. Nosotros sí sabíamos por qué».

En otra ocasión no tenían leche, algo muy necesario sobre todo para hacer la papilla que precisan para comer las enfermas a las que llaman *las peque-*

ñas, las que están en peor estado de salud. «Entonces llegaron unas voluntarias que nos trajeron dos cajas grandes de leche, y no había pasado una hora cuando llegó un camión con un palé entero lleno de leche».

Y así hay muchas más historias», afirma madre Claudia con una sonrisa, recordando que «Dios es Padre, y los enfermos son sus mimados. Y cuida de ellos hasta el mínimo detalle».

La superiora de este Cottolengo aclara que «a veces atribuimos lo que nos pasa a la casualidad, cuando en realidad es la Providencia de Dios la que está detrás. Hay que pedirle al Señor por tus necesidades. A veces no llegan las cosas como tú querías, y en vez de una cosa te manda otra, pero es por una razón que descubres después, y es lo mejor para ti. Hay que fiarse de Dios por entero».

Juan Luis Vázquez



Madre Claudia, ante el sagrario

Pequeños Frailes y Pequeñas Hermanas de Jesús y María «No tocamos el dinero»

«No es que sea malo tocar el dinero, porque también los apóstoles tenían caja, pero nosotros no lo tocamos ni lo queremos, porque sentimos en el fondo de nuestro corazón que Dios nos llama a esto», dicen los pequeños frailes y pequeñas hermanas de Jesús y María, un instituto italiano presente en cinco diócesis de Italia y también en Estados Unidos.

Franciscanos y carmelitas a un tiempo, no pueden poseer nada propio. «En lo que concierne a nuestro sustento diario, vivimos siempre de la total Providencia, como Jesús. Sin la gracia de Dios, es imposible vivir así, pero con su gracia y nuestra buena voluntad es más fácil», explican. Estos frailes pobres viajan en misión para anunciar el Evangelio por ciu-

dades y pueblos, invitando a vigiliadas y pueblos, invitando a vigiliadas de oración y catequesis, durante días, sin más sustento que la confianza en Dios. Cuando se mueven en *autostop*, aprovechan cada viaje para hablar con sus benefactores: «Hacer *autostop*, pedir un pedacito de pan..., nos permite encontrar personas y hablarles de Jesús, invitarlos a los sacramentos, rezar juntos...». Como el día en que el fundador de la comunidad subió a un coche «y al final del trayecto el conductor le quería dar dinero. Dijo que no podía aceptarlo pero el hombre insistía. No era necesario, pero insistía otra vez. Al final nuestro fundador le dijo que el regalo más bello que le podía hacer era confesarse y acercarse a la Eucaristía..., y entonces esa persona empezó a llorar».

Fotos: Frati Poveri



La vida en misión de los Pequeños Frailes y Pequeñas Hermanas de Jesús y María

Familia Soler, en misión en Guatemala

«Dios provee, pero primero nos provee a Jesucristo»

Cuando Miguel Soler tenía 16 años, marchó a Perú con sus padres, enviados en misión *ad gentes* por el Camino Neocatecumenal. Años más tarde, con su mujer y nueve hijos –hoy tienen once, de 4 a 23 años–, pasaron ocho años en misión en Guatemala. No lo tuvieron fácil en el terreno económico, ni al ir ni al volver, pero «no nos ha faltado nunca nada».

«Hemos comprobado que la Palabra del Señor se cumple. Si tú pones en manos del Señor tu vida, si te abres a la vida y recibes a los hijos como un don suyo, Él no te abandona», afirma Miguel.

Estando en Guatemala, «llegó un día en que no teníamos ni un céntimo, ni siquiera para comer, se nos había acabado todo, yo aún no había conseguido un trabajo. Pero de repente sonó el timbre y fuimos a abrir. Allí no había nadie, pero alguien había dejado un sobre frente a la puerta; dentro había dinero como para vivir dos meses».

En otra ocasión se encontraron otro sobre con dinero en el buzón; otras veces tuvieron que acudir a Cáritas diocesana; o les llegó dinero de su propia comunidad. «Hemos tenido la experiencia de poder vivir la comunión de los santos que profesamos en el credo, en momentos de precariedad, porque el Señor ha movido el corazón de la gente y nos ha ayudado de manera anónima, y nunca nos ha faltado nada».

Miguel se buscó la vida en Guatemala y hubo temporadas en las que tuvo trabajo; otras no, pero «el Señor siempre te va ayudando. Él se las apaña, en infinidad de situaciones. Dios provee, pero lo primero que provee para nosotros es a Jesucristo; nos ayuda a nivel material, pero lo principal es que nos ha permitido encontrarnos con Jesucristo en la Iglesia».

Para esta familia, «la Providencia se manifiesta también en la vida de comunidad que tenemos, donde nos

Archivo personal de la familia Soler



La familia Soler al completo

ayudamos y oramos los unos por los otros, como las comunidades que recogen los Hechos de los Apóstoles, que ponían en común sus bienes como consecuencia de su fe».

Hoy, ya de vuelta España, «con una familia grande y un sueldo mediano», siguen viviendo así. «Dificultades no nos faltan y no siempre te-

nemos lo que quisiéramos, pero Dios siempre provee». Por ejemplo, «no tenemos dinero para irnos de vacaciones, pero cada año llega alguien que te invita a algún sitio con la familia». En todo este recorrido han descubierto que «abriendo nuestra vida al Señor, Él te da el ciento por uno, es infalible».